

# A veces prosa

## Saludo a Alfredo Ramos Martínez

Adolfo Castañón

*Lira alerta. A un pintor*<sup>1</sup>

Vamos a cazar, ¡oh Ramos!,  
vamos por allí;  
suenan cuernos y reclamos  
y ecos de jaurías; y

vamos a cazar colores,  
vamos a cazar  
entre troncos y entre flores,  
arte singular.

Pintor de melancolías,  
amigo pintor,  
la perla que tú deslías  
tendré mi dolor.

Pintor de melancolías,  
deja esa visión.  
Hay soles de eternos días,  
Olimpo y Sión.

Vamos a cazar colores,  
ilusión los bosques dan,  
las dríadas brindan flores  
y alegría el egipán.

El trigal sueña en la misa;  
hay de besos un rumor;  
y en la seda de la brisa  
va la gracia del amor.

I

Durante una visita oficial a México, la madre del magnate de la prensa norteameri-

<sup>1</sup> “Lira alerta. A un pintor”, Rubén Darío, *Obras completas I: Poesía*, edición de Julio Ortega con la colaboración de Nicanor Vélez, introducción general y notas de Julio Ortega, prólogo de José Emilio Pacheco, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2007, pp. 371-372.

cana, Phoebe Apperson Hearst, fue invitada a una cena formal cuyo anfitrión era Porfirio Díaz. Al joven Alfredo Ramos Martínez le fueron encargados los dibujos para adornar el menú de aquella cena. La señora Hearst pidió entrevistarse con el pintor; luego de ese encuentro cambió la vida del joven Ramos Martínez, pues la mecenas ofrecía pagarle una mensualidad para estudiar en París. Esta buena estrella se había iniciado cuando a los catorce años fue premiado por un retrato del gobernador del estado de Nuevo León y el cuadro fue exhibido en San Antonio, Texas. El joven pintor iniciaría en Francia un itinerario pictórico complejo que lo haría frecuentar no sólo a los pintores, poetas y escritores más destacados del momento en Europa, sino también conocer desde París a los estandartes más notables de la cultura hispanoamericana, como sería Rubén Darío.

El nombre de Rubén Darío siguió como una sombra durante mucho tiempo al del pintor mexicano Alfredo Ramos Martínez, uno de los tres artistas plásticos mexicanos que intimaron con el nicaragüense en París (los otros fueron Enrique Guerra y Juan Téllez). Ramos fue uno de los que más cerca estuvo de Darío, todavía más que Henry de Groux.

II

Ramos Martínez se había aclimatado en París frecuentando los medios artísticos, literarios e intelectuales de la ciudad, sometiendo su humanidad a pruebas de atletismo mundano y artístico, como consta por el testimonio personal de Justo Sierra (carta del 31 de octubre de 1900), quien se expresa con entusiasmo sobre la laboriosidad

y alegría de vivir del pintor, quien seguramente le dio ciertas claves para adentrarse en aquella ciudad.

Con su oficio pictórico, que podría describirse como un refinado realismo impresionista, Ramos Martínez triunfó en la difícil capital francesa en toda la línea, pues llegó a tener obras exhibidas al mismo tiempo en dos salones oficiales de París, el de la Société Nationale des Beaux-Arts y el de los Artistes Français, circunstancia, si no prohibida, sí mal vista. Sus triunfos le costaron también al pintor que su mecenas norteamericana le suspendiera el apoyo, pues consideraba ella que él debía continuar su carrera madurando por sí mismo en ese inhóspito ambiente.

III

El paso por Francia sería decisivo para su formación y estilo. Ahí descubriría a los pintores de la Escuela de Port Aven, a los artistas del “primitivismo bretón” como Émile Bernard y Paul Gauguin, que contribuyeron a consolidar y dar fuerza a su vertiente regionalista, en una perspectiva estética paralela al indigenismo.

No deja de llamar la atención que mientras en el ámbito de la lírica se da una atracción por las querencias y pequeñas patrias —recuérdense las obras del provenzal Frédéric Mistral (Premio Nobel), el francés Francis Jammes (leído por Ramón López Velarde y Enrique González Martínez), el belga Émile Verhaeren (leído por López Velarde, EGM y por Francisco Castillo Nájera), el español Francisco Villaespesa (leído por Amado Nervo)—, en el de la pintura se manifiesta una gravitación hacia la inspiración telúrica y regional de los solares

nativos. El ascendiente de Bretaña y de su afilada cultura regional —no hay que olvidar que por entonces era un territorio orgullosamente apartado y en cierto modo independiente de Francia— ejerce sobre la obra y el proyecto artístico de Ramos Martínez un poderoso influjo que le permitirá a su regreso entronizarse como un pintor regionalista, aunque en realidad las fuentes y modelos de su inspiración fueran europeos y, en particular, se derivan de la mencionada escuela del “primitivismo bretón”; por esta razón Ramos Martínez será, por así decir, un representante del otro cosmopolitismo y de la otra vanguardia en la medida en que en él confluye el espíritu de innovación campante a un lado y otro del Atlántico.

Pasó nueve años en Europa. Entre quienes saludarían su obra, además de José Juan Tablada, quien en 1904 habló con entusiasmo en la *Revista Moderna* (noviembre de 1904) de sus “Máscaras”, estarían sus contemporáneos, pintores, escritores, mecenas, espectadores: Ramos Martínez tenía algo que lo hacía enormemente popular.

#### IV

Alfredo Ramos Martínez (1875-1946) era amigo de colores, líneas, pintores, buena ropa, buenas maneras, elegancia, arte, arte al aire libre, enseñanza, niños y mujeres. Su nombre suena a los oídos entendidos como el de un maestro de maestros, un joven patriarca vanguardista, compañero de aventuras pictóricas con Fermín Revueltas, Ramón Alva de la Canal y Francisco Díaz de León, admirado por escritores como José Juan Tablada, José Vasconcelos, Alfonso Reyes.

#### V

Huelga decir que la amistad con Darío señalaba al joven maestro Ramos Martínez para que fuese él el encargado de la delicada misión de recibir al nicaragüense en México y de entregarle la carta en que Justo Sierra le manifestaba a Darío que su visita a la capital del país no se vería con muy buenos ojos en aquel momento. El pintor

cumpliría su misión impecablemente haciéndola de mediador entre Rubén Darío, Justo Sierra y Porfirio Díaz... (carta de Sierra a Ramos Martínez, octubre 17 de 1910). El paso de Darío por Veracruz fue memorable y la pequeña ciudad de Teocelo alfombró con flores sus calles en honor del poeta que iba acompañado de su amigo el cazador de colores, flores y aromas: Alfredo Ramos Martínez.

Este paisaje entre mundano y político resulta expresivo del perfil poliédrico del artista plástico mexicano fundador de las escuelas de pintura al aire libre.<sup>2</sup>

Rubén Darío en su excursión meteórica por México pasó a escondidas por Jalapa. Ramos Martínez acompañó al poeta “como se acompaña a un menor de edad”, dice Alfonso Reyes en “Rubén Darío en México”.<sup>3</sup>

#### VI

Ramos Martínez dirige la Academia de San Carlos en dos momentos clave, primero entre 1911 y 1915 y luego entre 1920 y 1928. En 1913 funda la Escuela de Pintura al Aire Libre en Santa Anita, a la que bautiza como “Barbizón” para rendir homenaje a la escuela del primer impresionismo, del cual era infieccioso devoto. Ahí Alfredo Ramos Martínez toca una cuerda que tendrá eco.

Gracias al capital de su experiencia europea y americana, humana, artística y política, Alfredo Ramos Martínez es nombrado para encabezar la Academia de Bellas Artes el 9 de julio de 1920 por el ministro José Vasconcelos. El autor de *Ulises criollo* había elogiado a Ramos Martínez en Lima en la conferencia que dictó en Perú en 1916:

A las buenas almas se las conoce por esa aureola como de novias infantiles y la voz melodiosa que nos provoca un interno tem-

<sup>2</sup> Sobre las relaciones entre Alfredo Ramos Martínez y Rubén Darío, véase la biografía de Antonio Oliver Belmás: *Este otro Rubén Darío*, prólogo de Francisco Maldonado de Guevara, Aguilar, Madrid, 1968, pp. 304, 305, 307 a 309, 311, 329, 368. Sobre el paso de Darío por México, también véase el “Diario de Darío” en *El archivo de Rubén Darío* de Alberto Ghiraldo, Editorial Losada, Buenos Aires, 1943, pp. 385 ss.

<sup>3</sup> Alfonso Reyes, *Simpatías y diferencias*, en *Obras completas*, tomo IV, FCE, México, 1956, pp. 301-315.

blor de afecto; en seguida las miramos y nos despiertan los más desenfundados romanticismos. ¡Cómo se anda ebrio de quimeras, después de cada encuentro en esta Lima de las damas con mantillas y gracia voluptuosa!

Un artista [Ramos Martínez] de mi provincia mexicana logró expresar en tela el complicado problema de estas puras bellezas prometedoras. Por el claro de un jardín primaveral avanzan tres jóvenes vestidas de muselinas floreadas; una de ellas se adelanta como para caminar, la otra mira de pie la lejanía y la tercera, distraída, busca el apoyo del próximo banco de piedra; la morbidez tentadora de sus cuerpos se refina en el suave torneado de los miembros y en la finura de los perfiles; son para el que ve, como tres caminos distintos abiertos al porvenir;<sup>4</sup>

El regreso a la Academia en 1920 no fue fácil; fue necesaria una reforma radical que implicaba cancelar el academicismo que ponía entre cuatro paredes y bajo techo a los jóvenes pintores y los condenaba a seguir componiendo obras “de estilo”. El deseo de romper con el pasado llevó a Ramos Martínez a abrir la Escuela al Aire Libre de Coyoacán guiada por principios más acordes con el nuevo régimen revolucionario: espontaneidad, libertad, creatividad, originalidad de cada uno de los alumnos. Ramos Martínez era partidario de atraer ahí no sólo a los niños de las escuelas primarias sino a la niñez indígena.

Esta posición abierta en favor de la libertad es la virtud que escapa a cualquier reproche y que hizo de Ramos Martínez una figura tan singular, un sobreviviente de otra época en las agitadas aguas de la nueva edad revolucionaria más interesada en la afirmación de un arte nacional que, gracias a Ramos Martínez, tendría también una vertiente cosmopolita y universal: sus discípulos Ramón Cano, Eduardo del Castillo, Fermín Revueltas, Reyes Estrada estuvieron relacionados con la política que se desarrollaría desde la SEP hacia las artes plásticas. Huelga decir que la acción libertaria de Ramos Martínez despertaría la oposición de otros pintores como David Alfaro Siqueiros, Rufino Tamayo y Diego Rivera,

<sup>4</sup> José Vasconcelos, *Obras completas*, tomo IV, Libreros Mexicanos Unidos, México, 1961, p. 50.



Alfredo Ramos Martínez, *Cabeza de una monja*, 1934



Alfredo Ramos Martínez, *Las floreras*, 1933

quien subió el tono hablando de Ramos Martínez y de “el bloque posimpresionista de Coyoacán”.<sup>5</sup> Se iba armando así una geometría polémica: de un lado Rivera, Siqueiros y Jean Charlot, del otro Ramos Martínez, el Doctor Atl y sus discípulos. Este ambiente bañaría las actividades de la Escuela al Aire Libre y les daría una cierta inmunidad. Rivera llegó a reconocer con sentido paradójico la labor del pintor de dos épocas: “Ramos Martínez lo único bueno que ha hecho en la Academia es desacademizarla”.<sup>6</sup> Este fue el resbaloso trampolín desde el cual saltarían a la fama internacional los ángeles mexicanos auspiciados por el viejo amigo de Rubén Darío, Alfredo Ramos Martínez.

¿Cómo hizo para desarrollar a partir de su propio itinerario pictórico la creatividad de los niños artistas mexicanos, de los niños prodigio que tanto éxito tendrían en la prensa y en la crítica en París en agosto de 1926 en el Salón Paris-Amérique Latine? ¿Qué antenas le permitieron organizar

esa operación de polinización colectiva y de cacería de talentos artísticos en ciernes? ¿Cómo fue cuajando esa idea preñada de futuro que fue la de las escuelas de pintura al aire libre? No se puede soslayar que la invención tuvo, como decía la ecología apenas ayer, “un efecto mariposa”. Desde luego, el método de dibujo de Adolfo Best Maugard contribuía a dar forma a la lección sinfónica de Ramos Martínez.

## VII

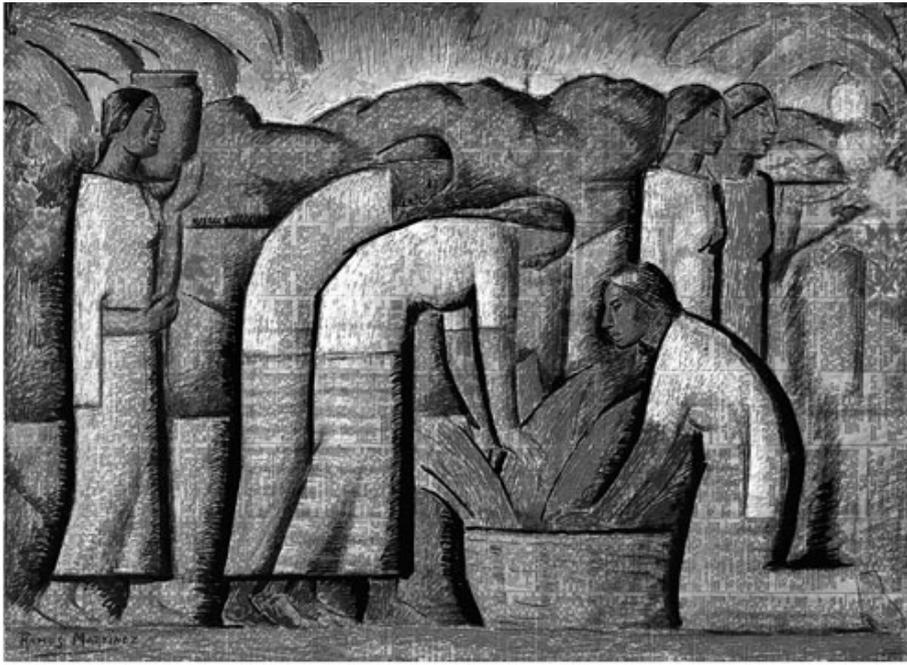
La exposición de los niños mexicanos en París, derivada del proyecto de la Escuela de Pintura al Aire Libre reunió una colección de 200 dibujos y pinturas de niños mexicanos... El inventor, editor o creador de dicho proyecto fue Ramos Martínez, quien había sido discípulo de Santiago Rebull y, como había estudiado en París, pudo participar en forma cercana en los movimientos artísticos franceses y europeos en los años anteriores a la guerra de 1914. A su vez, a Alfonso Reyes estas ideas e iniciativas de su paisano regio le suscitaron una profunda simpatía. Sabía por su propia y documentada experiencia de niño artista y

de poeta-niño que el teatro, el cuento, la magia, el dibujo y la pintura eran juegos, cosas que los niños en verdad no tenían realmente que aprender pues en cierto modo las traían sembradas como semillas, ápices innatos. Ahí estaban ahora, como testimonios de esa actividad precoz, los cuadros, trazos y dibujos realizados por los niños en las “Escuelas de pintura ¡al aire libre!”, que él había fundado y sobre las cuales publicaría un libro en 1926.

Al regresar a México, Ramos Martínez se encuentra en el mediodía de su vida —tiene 38 años— y es un hombre todavía joven pero ya dueño de no poca experiencia y sabe sacar provecho a cada jornada en aquel México a la par tempestuoso y en apariencia superficial, inmóvil... En aquel entonces la forma de trabajar de la Escuela de Bellas Artes de México permitía que los niños de nueve a trece años siguieran espontáneamente cursos de escultura y de pintura. Al pintor, oriundo de Monterrey, la oportunidad, la idea y la práctica de dar la voz y el pincel a los niños no le podían pasar desapercibidas y tuvo la buena idea no sólo de entregarse a la organización de las escuelas de arte, dibujo y pintura al aire libre, sino también el buen juicio de elegir

<sup>5</sup> Diego Rivera, “De pintura y de cosas que no lo son”, *La Falange*, 5 de agosto de 1923, p. 269. Citado por Claude Fell, *op. cit.*, p. 398

<sup>6</sup> *Ibidem*. Citado por Claude Fell, *Op. cit.*, p. 400.



Alfredo Ramos Martínez, *Los trabajadores*, 1944-1945

las mejores manifestaciones y de organizar con ellas exposiciones, muestras y exhibiciones por todo el orbe. Ramos Martínez, según han observado con agudeza diversos críticos como Xavier Moyssén, Fausto Ramírez, Karen Cordero y particularmente Louis Stern, se vio a sí mismo en el espejo de la transculturación, se asomó a lo que había aprendido en Europa y resolvió iniciar un proceso de desaprendizaje que lo llevaría a la configuración de la nueva estética afilada al socaire de la Revolución mexicana y desde luego de sus proyectos culturales. Quizá también influyó en este giro su matrimonio con una dama de la buena sociedad oaxaqueña con quien tendría una hija cuya salud precaria obligaría al matrimonio a residir en Estados Unidos en busca de tratamientos adecuados para la pequeña. Todo esto influiría en el camino de perfección estética y espiritual del pintor regiomontano. No sobra decir que, al igual que los grandes pintores, Ramos Martínez tuvo varias edades, épocas y estilos, todos articulados desde un sello inconfundible.

## VIII

La idea de dar la palabra y el poder de dibujar y de plasmar formas y colores al niño es un impulso que se remonta al romanticismo alemán y a los principios del siglo XIX, pero quizá sus raíces son más antiguas,

y en cierto modo cabe establecer cierta correlación entre la gravitación de Ramos Martínez hacia el movimiento de los primitivistas bretones y la entrega al cultivo de la expresión plástica de esos otros artistas primitivos que son los niños, y a los cuales el nombre de Alfredo Ramos Martínez está justamente asociado por su labor pionera, esas escuelas de pintura al aire libre que supieron hacer escuela por el mundo.

Los niños cantan o pintan como ángeles pues están inmersos en la edad plástica por excelencia y son habitantes de esa región etérea que es la infancia. En la medida en que el niño no sabe o no puede mentir, en esa medida está más próximo de la verdad prístina del arte. Esta idea se encuentra en la raigambre plural de la educación alternativa moderna —de John Dewey y Summerhill, a María Montessori y la educación Waldorf cimentada en la antroposofía de Rudolf Steiner... Esta apreciación, no siempre exagerada, de la niñez y de sus facultades y posibilidades artísticas, campeaba por Europa a fines del siglo XIX y principios del XX. El éxito de la gira y exposiciones de cuadros y obras infantiles organizadas por Ramos Martínez en 1926 no cabe ser explicado exclusivamente en términos de una voluntad de legitimación del régimen revolucionario mexicano en el marco de un agitado escenario internacional y de un conflicto religioso que vulneraba su imagen exterior, sino en virtud de la calidad y el

encanto de las obras mismas de aquellos niños mexicanos que se lanzaron a hacer otra revolución con sus imágenes y dibujos y que encontraron en la sensibilidad artística de aquellos años en Francia, España y Argentina una caja idónea de resonancia atenta y ávida de su concierto de formas y colores.

Pedro Henríquez Ureña, en 1913, decía que “la mejor obra de la Juventud Mexicana no está en las letras, sino en las ideas y en la pintura: Rivera, Ramos Martínez, Zárraga, Murillo, Juan Téllez, De la Torre, Herrán, Gonzalo Argüelles, Montenegro, Goitia”.<sup>7</sup> Un siglo después cabe recapitular que el vigor de la cultura mexicana se ha afirmado no sólo en la poesía y las letras sino en el espacio más amplio de las artes plásticas, las ideas y la enseñanza y transmisión de la experiencia de la cultura y de las artes. Un raro en el cual se combinan la destreza artística con una actitud visionaria para suscitar en los otros la posibilidad, la experiencia y la práctica del arte lo representa el virtuoso, en el amplio sentido de la palabra y la paleta, Alfredo Ramos Martínez.

El rico itinerario pictórico de Ramos Martínez, uno de los pintores más importantes de la pintura mexicana del siglo XX, va más allá de los primeros momentos creativos aquí reseñados. En California dejó sembrados murales y decoraciones en ranchos (Yuca Loma, 1931), casas (Beverlyhills, 1933), capillas (cementerio de Santa Bárbara, 1934; María Estrella del Mar en La Joya, 1937), hoteles (Frescos del Park Hotel de Los Ángeles, 1934-1936), por sólo enumerar algunas de sus obras. Quizá no se recuerde su nombre. Obras como *Mujeres bretonas* (1904), *Retrato de dama* (1922), *Mujer con velo* (sin fecha) han quedado impresas en la memoria visual de varias generaciones. **U**

<sup>7</sup> José Luis Martínez (edición), “Evolución de las letras, el pensamiento y las artes en México de 1900 a 1913. La exposición de *Savia Moderna*” (carta 46 de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913) en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia I (1907-1914)*, FCE, México, 1986, p. 222.

Parte del texto incluido en el libro *Escuelas de pintura al aire libre: episodios dramáticos del arte en México*, Patronato del Museo Nacional de Arte/Banamex/HSBC, Madrid, 2014, pp. 85-105.